

GOBERNANZA Y GLOBALIZACIÓN

ÉTICA POLÍTICA, GLOBALIZACIÓN Y SOLIDARIDAD

Roberto BLANCARTE

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Los límites del aislacionismo*. III. *Las prioridades gubernamentales*. IV. *La paradoja del aislamiento*. V. *La extrema derecha y los conspiracionistas*. VI. *Algunas conclusiones*.

I. INTRODUCCIÓN

Me gustaría comenzar con una imagen que me ha quedado en la cabeza en los últimos meses, a partir de la expansión de la pandemia en México y que me ha hecho reflexionar sobre el tema del frágil equilibrio entre la necesidad de incrementar la seguridad en materia de salud y la indispensable solidaridad entre distintas comunidades del planeta. Entre la reacción instintiva de protegerse frente a lo que se considera una amenaza externa y la educación en materia de solidaridad y de responsabilidad social que deberíamos tener para ese y otros efectos. Pero sobre todo en lo que debería ser una respuesta concertada entre gobiernos y no aislada de la propia sociedad civil, ante éste y otros retos que enfrenta la humanidad.

Marzo de 2020. En algunos pequeños pueblos de México sus habitantes establecen retenes para que nadie pueda entrar y así evitar que el virus se propague dentro de su comunidad. Obviamente, eso nos lleva a pensar que, ciertamente, es natural que las comunidades se protejan. Así, dichas escenas de aislacionismo podrían parecer justificadas. La pandemia viene de afuera, de los extraños o de los locales que han salido y pretenden regresar. Los esfuerzos son generalmente desorganizados, porque siempre sucede que un pequeño pueblo puede intentar cerrarse, pero los pueblos colindantes no necesariamente siguen el ejemplo. Lo que en última instancia significa que dichos esfuerzos terminan por ser inconexos y aislantes al mismo tiempo. Lo anterior, obviamente, tiene repercusiones para quienes se mueven entre comunidad y ciudad, para los migrantes, para cualquier forastero que es

inmediatamente visto como un peligro por los habitantes de la localidad y evidentemente, para la salud pública.

La tendencia a aislarse suele estar acompañada de una propensión a rechazar al extraño, y eso, obviamente, tiene repercusiones. Éstas pueden tener distintas escalas, en efecto: la escala local del pueblo, en los estados de Morelos o en Guerrero, en México, en el cual no se permite que entre y salga alguna persona. Pero también puede tener una escala nacional en donde países completos se cierran y no permiten que la gente circule. Hemos visto cómo eso ha sucedido en otros lugares del mundo y se han producido con mayor o menor éxito, lo cual significa que no es en sí sea una acción totalmente negativa, porque puede conducir a resultados positivos. Por ejemplo, Nueva Zelanda, que controló de manera efectiva los ingresos a su territorio y hasta ahora no ha tenido mayores problemas con la pandemia, pues la logró controlar de manera casi total durante varios meses. Comparemos esto con otros lugares que han tenido menos éxito en el asunto y que tuvieron reacciones muy negativas, por ejemplo, Rusia o Hungría u otros países que han más o menos cerrado sus fronteras.

Me parece que dicha actitud, aunque sea comprensible en el corto plazo y a partir de una mirada corta, alimenta una cultura de ostracismo. Una postura centrada en la idea: “nosotros nos podemos salvar, si nos aislamos del mundo”. Creo que esa posición, sin embargo, ignora dos realidades importantes, sobre todo en relación con esta pandemia. La primera es que nadie puede estar completamente aislado del mundo de manera unilateral. Lo hemos visto de distintas maneras. Por ejemplo, cuando algunos países decidieron cerrar sus fronteras y cerraron en particular las puertas a China. Sin embargo, al mismo tiempo, necesitaban los productos que se fabrican en China, sobre todo los relativos a cuestiones sanitarias, productos para la protección de los médicos, tapabocas, respiradores, trajes aislantes, etc. La segunda cuestión que se ignora, es que nadie puede prescindir por largo tiempo de los demás, precisamente por la razón anotada.

II. LOS LÍMITES DEL AISLACIONISMO

Regreso entonces al ejemplo local de una pequeña comunidad en los estados de Guerrero o Morelos en México. Obviamente, es siempre posible impedir que entren las personas a una determinada población, pero va a llegar un momento en que dicha comunidad requerirá seguir vendiendo fuera lo que se produce allí y, por otro lado, necesita productos que vengan del exterior, y eso sucede hasta en las comunidades más pequeñas del mundo, porque

es muy difícil la absoluta autarquía o autosuficiencia absoluta, aunque hay algunos que la pretendan. Todos sabemos que no solo las economías están sumamente conectadas en materia de producción, por ejemplo, de automóviles o de otros productos, sino que, además, hemos visto, y queda muy claro, que la riqueza de un lugar depende también de la riqueza en el otro o de los intercambios que puedan existir y que permiten un cierto nivel de bienestar. Ello requiere un mínimo de movilidad.

El mejor ejemplo que nosotros podemos conocer y que ahora padecemos, es el del turismo. Sabemos que, si España o México o Tailandia se aíslan, el golpe a sus economías, mientras estos países permanezcan aislados, es mucho muy grande. Y obviamente ello se traduce en una reducción del bienestar de la gente. Lo cual quiere decir, entonces, que hay una serie de límites a cualquier voluntad aislacionista, aún si se aboga por la protección sanitaria y la necesidad de salvaguardar la salud de los habitantes.

De la anterior reflexión se desprende que estamos frente a un dilema ético de la política, es decir, de la ética política que se debe tener en cuenta ante ciertos retos nacionales e internacionales, como es el caso de la pandemia del coronavirus. El primero de los grandes dilemas éticos que se nos presentaron con la pandemia en ese rubro, es el de qué hacer cuando surge una epidemia en un país aparentemente lejano. Podemos creer que dicha epidemia no nos va a afectar, pero no sabemos qué hacer: ¿tratamos de aislarnos o nos solidarizamos y tratamos de trabajar conjuntamente con los afectados? ¿Nos solidarizamos y ayudamos en todo lo posible? ¿Mantenemos las fronteras abiertas o nos encerramos para protegernos? ¿O hacemos lo que pretenden algunas pequeñas comunidades, cuyas medidas pueden parecer justificadas, aunque sean cortoplacistas? Dicho dilema, hay que decirlo, es hasta cierto punto inexistente porque, como bien sabemos, el mundo, en realidad, está globalizado. Y se puede estar en contra o a favor de la globalización, pero el hecho es que los flujos internacionales de personas, de mercancías, de bienes y servicios es ya tan intenso que es prácticamente imposible por esa misma razón contener una epidemia. Sobre todo, la de un virus con la capacidad de contagio que tiene el COVID-19. La solución que parecía obvia, no fue más que tardíamente aprendida, es decir, tuvimos que aprender que lo que pase en China o en España o en Italia o en cualquier lugar de África va a terminar por afectarnos a todos.

III. LAS PRIORIDADES GUBERNAMENTALES

¿Cómo han enfrentado hasta ahora los gobiernos esta pandemia? Me parece que en la lógica de la mayor parte de los gobiernos hay necesariamente dos

prioridades: 1) que haya el menor número de muertos; 2) que haya el menor número de contagios para que no se saturen los hospitales, y; 3) que la economía no se caiga, manteniendo en la medida de lo posible crecimiento y empleos. Me parece que, en el equilibrio de estas prioridades, lo que debe regir y guiar los comportamientos políticos y sociales es una cuestión ética.

Así que tenemos dos posibles respuestas, en términos muy generales, tenemos la respuesta del aislacionismo y tenemos la respuesta de la solidaridad. Pero se ha discutido sobre el asunto porque, en efecto, el tema de la solidaridad es bastante más complejo de lo que parece. Sin embargo, ciertamente, la solidaridad se presenta como una alternativa ética a las tendencias políticas que conocemos en los últimos años, las cuales tienden o pretenden encerrar a los países en ejercicios de autarquía, generalmente sin mayor éxito. Más bien lo contrario. Los esfuerzos aislacionistas se han visto muy limitados, pues han terminado por generar más problemas para las poblaciones involucradas. Se ha visto además que esta tendencia aislacionista no es nada más una cuestión que involucra a regímenes autoritarios, pues también los gobiernos democráticos han tenido la misma tentación. La primera tendencia a cerrarse surgió en todo tipo de regímenes, y lo vimos en Europa, donde lo que sucedió en Italia y en España, que fueron los dos primeros países de Occidente que resintieron gravemente el contagio del coronavirus. Ello generó que otros también tendieran a cerrarse para evitar la expansión del virus, sobre todo en los momentos iniciales cuando todavía se sabía menos de las circunstancias que rodeaban a los contagios. Sin embargo, luego vino una segunda reacción, mucho más pausada y reflexiva. Se entendió —por lo menos en el caso europeo, que por lo demás nos deja muchas lecciones—, que el cierre de fronteras, si bien solucionaría quizás el problema en el muy corto plazo, en el largo plazo dejaría secuelas muy graves para el proyecto de unidad continental. Porque la Unión Europea es uno de los pocos casos en donde hay un sistema exitoso de gestión de problemas comunes, que ha avanzado más que otras organizaciones supranacionales, las cuales sólo permiten ciertas formas de coordinación, como por ejemplo la propia Organización Mundial de la Salud. Muchos organismos internacionales no han llegado a un punto como al que llegó Europa, con fronteras comunes, con una moneda común y otras formas de mayor integración. De allí que, lo que sucedió después de un primer momento, en Europa, es que los líderes europeos, y pensemos sobre todo en Angela Merkel y Emmanuel Macron, entendieron que no podían hacer un cierre definitivo de fronteras, porque eso prácticamente conducía al final, en cierto sentido, de Europa, de la idea de Europa. Dicho acto implicaba, nuevamente, volver a una lógica nacional para la resolución de los problemas comunes. Dicha lógica, superada

en principio para muchos efectos es a lo que ya no se quiere retroceder. Así que lo que empezamos a ver en Europa es una reacción, mediante la cual la cuestión se asumió como, ciertamente, un problema de muchos países que tienen que atacar a nivel nacional, pero al mismo tiempo como un asunto común que traspasa fronteras y que por lo mismo conduce a la necesidad de mantener, en la medida de lo posible, ciertas formas de cooperación y fronteras, por lo menos relativamente, abiertas. Esta lógica de cooperación y solidaridad hizo posible que los países europeos comenzaran a visualizar la pandemia de manera distinta, así como por supuesto la mejor manera de combatirla. No se trataba ya de un problema de algunas regiones o de algunos países, sino de la Unión Europea, para permitir que, precisamente, una lógica distinta de solidaridad entre los propios países europeos pudiera regir. Entonces, empezamos a ver cómo, por ejemplo, Alemania, que tenía hospitales y camas de sobra, porque controló mucho mejor la pandemia, por diversas razones, pudo permitir que parte de esa estructura fuera extendida como ayuda a los países vecinos, particularmente a Francia y a Italia. Más importante aún, como una medida necesaria para que el conjunto de países europeos no cayera en una recesión económica. Alemania, que hasta ese momento se había mantenido de manera muy rígida en contra de cualquier déficit público o de un endeudamiento de los países para resolver sus problemas, como lo pudimos ver muy bien en el caso de Grecia, cambió completamente de política. Decidió romper esos dos tabús y aliarse principalmente con Francia y después con los otros países, para organizar un salvamento económico. La lógica detrás es que no se trataba únicamente de un salvamento nacional sino un salvamento europeo en donde, con la ayuda de los más fuertes, se podía rescatar a las economías de los países menos avanzados o con economías más débiles.

Europa ha aprendido mucho de sus propios errores. En la crisis anterior que involucró a Grecia, básicamente la respuesta fue: “No, ustedes gastaron de más, ustedes fueron irresponsables, mientras nosotros nos apretábamos el cinturón y trabajábamos muy duro. Ahora ustedes quieren que nosotros entremos a rescatarlos, pero para hacerlo ustedes tendrán que cumplir con una serie de medidas de ajuste”. Y fueron durísimos con ellos. Pero ahora cambió ya esa actitud, por muchas razones. La principal, creo yo, es porque se dieron cuenta de que o se tomaba una lógica global de salvamento de la Unión Europea, o eso no iba a funcionar. Porque el problema aquí es que es nuevamente, si hay una población que se cuida y la población vecina no lo hace, por las razones que sean, la pandemia va a seguir y afectará a todos, a los de las dos poblaciones, unos porque quizá aunque

salgan menos y se afecten menos pero van a tener que seguir encerrados y la economía termina afectando a todos y, los otros, porque estando abiertos y porque tienen que salir a trabajar, o simplemente porque no les importa, o porque no tienen responsabilidad social, o porque no se dan cuenta de los efectos de sus acciones, terminarán también con mayor número de contagios y de muertos, como más o menos es lo que está pasando. Es probable que esto funcione de una manera similar con la cuestión de la producción, distribución y aplicación de la vacuna. De la misma manera que los gobiernos ya se han percatado de que no pueden dejar un solo foco de contagio, porque estamos tan globalizados que ese foco, si lo dejas encendido, va a terminar otra vez por afectar a todos. Ante esta capacidad de contagio, que no sabemos cómo va a funcionar, existen dos lógicas que lucharán entre sí. La de aquellos que dirán: “Paguen las consecuencias. Nosotros hicimos las cosas bien y nos vamos a cerrar y no vamos a dejar que entren” y por otro la de quienes pensarán: “Es mejor ayudarles, porque si les ayudamos, evitaremos que sus problemas se conviertan en nuestros problemas y así nos ayudamos a nosotros mismos”. De allí que insistamos en las dos lógicas: la de la responsabilidad individual versus la responsabilidad social. La responsabilidad social es: “si yo pienso primero en los demás, me voy a terminar ayudando a mí también porque voy a evitar la pandemia, no nada más voy a evitar que me contagien a mí, sino voy a evitar que se difunda esto y a largo plazo a mí también me conviene”. Pero no todo mundo tiene esa lógica de equipos, no todo mundo piensa primero en los otros. La gente piensa que nada más es un problema individual y que cada quién puede decidir, y ahí es donde está el papel de los gobiernos y lo que se da en llamar “el orden público”, es decir la lógica del bien común versus el bien individual: “yo te puedo dejar que tomes decisiones individuales, pero hasta un cierto punto, sólo en la medida que no afectes el bien público, es decir de los demás”. Y un gobierno responsable tiene que tomar estas medidas. Obviamente, ahí tenemos todo un abanico de decisiones también. Sin embargo, a lo que aquí hacemos referencias es a la necesidad de gobiernos lúcidos e ilustrados que sepan cuál es la ética política más adecuada para ese bien común. De otra manera, a mediano y largo plazo, esto afectará a sus propias poblaciones, a sus propias economías, e incluso a sus propios gobiernos. Estamos entonces no sólo frente a decisiones éticas, sino también frente a simples decisiones políticas que pueden incluso determinar la caída o la permanencia de gobiernos y gobernantes.

IV. LA PARADOJA DEL AISLAMIENTO

Estamos entonces frente a un fenómeno que podríamos llamar “la paradoja del aislamiento”, es decir, lo que ahora entendemos y que creo que deberíamos de haber sabido siempre, es que, en la medida que la pandemia es global, como su nombre lo indica, la actitud política del gobierno de un país afecta a todos los demás. En otras palabras, por más intención que se tenga de que las medidas de un gobierno nacional sólo tengan incidencia en ese territorio, la verdad es que, si un gobierno no cumple con su responsabilidad en materia de salud, en este caso para contener la pandemia, el problema permanece no sólo en ese territorio, sino termina por afectar a todos los demás. Lo cual, obviamente, nos lleva a la necesidad de formas de colaboración que trascienden las formas más bien aislacionistas o nacionalistas para resolver los problemas y que se han multiplicado con los gobiernos populistas. Estos han enfatizado las soluciones internas para resolver los problemas nacionales, como si sus países estuvieran aislados del mundo o como si sus acciones no tuvieran repercusiones en otras partes del planeta. Porque, aunque un gobierno pretenda que puede tomar o dejar de tomar medidas de manera aislada, lo cierto es que, lo que haga o deje de hacer va, eventualmente, a afectar a todos los demás. Si un país no hace lo que tiene que hacer para contener la pandemia, lo más probable es que su negligencia termine afectando a otros.

Ligado a estos temas tenemos el problema de las responsabilidades frente a los problemas sociales, económicos y políticos que han surgido a partir de la pandemia, Y sucede de la misma manera en nuestras sociedades. Si muchas personas no siguen las recomendaciones generales, por ejemplo, de aislamiento, de mantener distancia, etcétera, por cualquier razón, incluso válida, como, por ejemplo, la necesidad de trabajar, o la resistencia de aceptar un aislamiento que se percibe forzado o antidemocrático, los contagios se extenderán y habrá muchos más contagios y muertos. Hemos visto marchas y manifestaciones en contra del encierro y cómo por ello la pandemia se sigue alimentando. Eso es parte, entonces, de una responsabilidad que termina afectando a los demás y, que no por tener alguna justificación, deja de afectar al conjunto de la sociedad. Es claro que, en el caso de México, la extensión de la pandemia en el tiempo, como lo hemos visto, y el número de muertos que hay, sucede porque no hubo un verdadero control político, una gestión responsable, de la pandemia. Se permitió que la gente saliera, no se atendió a los sectores más desprotegidos con apoyos económicos, para evitar que lo hicieran o para forzar que lo hicieran. En todo caso, cualquiera que sea la razón, válida, insisto, o no válida, el hecho es que la extensión,

en el tiempo, de la pandemia, y el número de muertos y de contagiados, como estamos viendo que sucedió en México, tiene que ver con que no hay un control de la misma, y eso tendrá repercusiones no sólo en el número de muertos y de contagios en México, sino que ese foco de contagios no puede permanecer aislado en el mundo. También, ello tendrá consecuencias graves tanto para la economía mexicana como para los propios mexicanos que necesitan moverse y viajar por razones de trabajo, y que no van a poder hacerlo si México cae en una clasificación de país con riesgos para la salud, porque no hizo lo que tenía que hacer. Europa, para volver al caso, está examinando de manera permanente si deja o no entrar a los que llegan de otros países y está haciendo una lista de acuerdo a sus propias mediciones y formas de control a partir de lo cual van a permitir a los nacionales de ciertos países poder o no viajar al continente. Todo lo cual significa que, lo que hagan los gobiernos termina afectando de múltiples maneras a los ciudadanos y a las economías nacionales.

V. LA EXTREMA DERECHA Y LOS CONSPIRACIONISTAS

Ahora bien, un dato relevante en todos estos acontecimientos es que la mayor parte de la resistencia al encierro o a la cuarentena establecida por los gobiernos para detener la pandemia ha provenido de grupos de derecha. Si examinamos con detenimiento, la mayor parte de la resistencia a las medidas de distanciamiento y al uso de tapabocas viene de grupos ultraconservadores o partícipes de teorías de la conspiración. Lo cual significa a mi entender, que la lógica antisolidaria, neodarwinista, conspirativa o simple y sencillamente individualista, es la que ha privado en muchos de estos grupos. Hay en sus formas de analizar la realidad, una conexión entre el aislacionismo y el nacionalismo que ya veíamos extendiéndose en los últimos años. La xenofobia y otras formas de rechazo del otro son un reflejo de dicha lógica aislacionista, en la que las poblaciones se sienten seguras con las fronteras cerradas o con la elevación de muros. Y aunque no sea cierto que los países puedan aislarse o actuar de manera unilateral, porque el resto de los gobiernos terminan por imponer alguna forma de sanción y a obligar al país a tomar las medidas necesarias, es importante hacer notar que las teorías conspirativas se han abierto un camino, hasta hace poco inimaginable. Lo interesante es que estas reacciones negativas a la solidaridad social suelen estar acompañadas de otros tipos y otras formas de rechazo al otro. Es decir, es un rechazo, en buena medida, a cualquier forma de solidaridad y es una búsqueda de la salvación

personal o de la libertad propia individual, ignorando por completo cualquier idea de responsabilidad social.

La diferencia entre la responsabilidad individual y la responsabilidad social en esto, como hemos visto en la pandemia del COVID-19, es que el individualista dice: “yo me protejo o no me protejo, pero básicamente lo que quiero es cuidarme a mí mismo y protegerme del contagio, o no me importa contagiarme; yo decido mi vida”. Lo cual, en una lógica individualista, irresponsable socialmente, tiene cabida. Por el contrario, las personas que tienen una cierta idea de responsabilidad social lo que dicen es: “yo no me quiero nada más proteger del contagio, sino quiero proteger a los demás de la posibilidad de que yo los contagie”. Ahora bien, la falta de responsabilidad social puede ser individual, o puede convertirse en una política pública. Los gobiernos pueden decidir que no intervendrán por razones económicas, en detrimento de la salud pública, o pueden pretender que se está atendiendo el problema, cuando en realidad no se están tomando las medidas necesarias. El número de contagios y de muertos es en muchas ocasiones la medida de esta forma de irresponsabilidad social, a nivel de política gubernamental.

VI. ALGUNAS CONCLUSIONES

En suma, es claro que el aislamiento es una utopía imposible en el mundo contemporáneo. Sin embargo, ello no significa que, quienes así lo pretendan, no puedan, en sus intentos, generar muchos problemas. Me parece, por lo mismo, que deberíamos tener clara la necesidad de una cultura de responsabilidad social, la cual va aparejada, además, a una lógica de supervivencia general, incluso como especie. Es una cuestión ética individual y social, en el sentido del comportamiento que debemos tener hacia los demás en nuestra sociedad, pero también en términos de una ética política, de los propios gobernantes. La solidaridad y la responsabilidad social son, de hecho, la mejor solución práctica y ética para muchos de nuestros problemas sociales. La cooperación y la colaboración, entre más grande, mejor, para acabar con la pandemia del coronavirus, por ejemplo. Porque mientras haya alguien que no colabore o coopere, el problema persistirá. Si en una comunidad, en una colonia o en un barrio todos guardan la cuarentena y mantienen distancia, pero en la comunidad o en la colonia vecina nadie se queda encerrado, obviamente, el problema va a persistir y todo mundo va a tener que seguir sufriendo cuarentena, contagios, encierros y muertes.

Esta simple verdad es una de las cosas que en Europa entendieron oportunamente. Por lo mismo, han estado luchando a través de políticas económicas solidarias, de políticas de salud y de políticas sociales comprensivas. Porque entendieron que los países no debían aislarse, a menos que el proyecto de una cierta globalidad se percibiera como un fracaso. Entiendo entonces que lo único políticamente responsable es partir de una ética política solidaria. Es además una política social más efectiva, pues se tienen en cuenta no sólo las necesidades de la población a corto plazo y en el ámbito local o nacional, sino también las necesidades de un planeta que ya está absolutamente conectado y que, por lo mismo, no puede permitir que algunos países sigan haciendo lo que quieran hacer de manera impune, porque las acciones de unos terminan afectando a todos. La solución, entonces, pasa por construir una ética solidaria, que combata el espejismo del individualismo y del sectarismo que empujan al aislamiento. La solución es una ética solidaria que entienda que todos vivimos en el mismo planeta, que somos parte de la misma especie y que está en nuestro propio beneficio ayudar a nuestros congéneres.

¿Qué hacer entonces, en la práctica? ¿Qué políticas transfronterizas serían recomendables para controlar la pandemia, respetando las libertades democráticas? En primer lugar, tendríamos que hacernos la pregunta: ¿de cuáles fronteras hablamos? Nuestro primer ejemplo fue el de pequeñas comunidades que se cierran, en estados como Guerrero o Morelos, en México. Esa es su frontera. Y, sin embargo, esa frontera no puede permanecer así por diversas razones, por el propio bien de la comunidad. Lógicamente, lo contrario sería lo deseable, es decir, que esa comunidad se coordinara con un gobierno municipal, el cual a su vez tuviera una coordinación estatal, nacional e internacional para precisamente resolver el problema de esa comunidad, pero también de todas las otras comunidades. Lo anterior implica una coordinación, una colaboración, respecto a las medidas que se tienen que tomar.

Ahora bien, existe también el problema de las libertades democráticas. Es de notar que en muchas sociedades democráticas, quiénes más se han quejado del encierro, son los grupos conservadores que critican a un gobierno por haber tomado medidas responsables. Los inconformes están pensando sobre todo en su libertad individual, o en que existe una conspiración internacional para afectar sus libertades, pero no entienden que la lógica de los gobiernos democráticos es la de salvaguardar el interés de todos y eso supone la aplicación de medidas restrictivas para el movimiento o la reunión de grupos. Por supuesto, nadie niega que hay también gobiernos

autoritarios que se aprovechan de la situación para coartar libertades. Pero en términos generales no es lo que está aconteciendo. Lo que sucede es que los gobiernos están tratando de resolver este problema, mientras que los grupos que han rechazado estas medidas, generalmente, tienden al aislacionismo y al rechazo del otro.

En este ajedrez o tablero político, hay movimientos muy generales que están, por supuesto, tratando de lidiar con el coronavirus. Pero al mismo tiempo, están buscando cómo gestionar la pluralidad y los derechos de mayorías y minorías. Y ambas cuestiones están, en el fondo, relacionadas. Así que, insisto, la respuesta global a problemas globales deben ser la solidaridad y la colaboración, a partir de una lógica de responsabilidad social. No nos encerremos, no cerremos fronteras. Abramos espacios y, entendiendo los límites que todo esto tiene, entremos mejor en una lógica de apertura, de cuidado de nuestras libertades, pero, sobre todo, de comprensión de que todos somos uno, en este mundo globalizado, uno somos todos. Asumámoslo como un bien que todos debemos cuidar, como una gran familia, como lo que somos, una especie que podría estar en peligro de extinción, si no toma las medidas adecuadas para su supervivencia.